

El día que Huesa despegó

Las caminatas matinales no eran por placer. Eran por el colesterol, la artrosis y la amenaza silenciosa de la diabetes. A esas edades uno se mueve por supervivencia. Así que allí iban, como cada mañana, Maruja y Encarna con sus maridos, Silvino y Eugenio, cada uno con su chándal, su bastón y su resignación. Eran los cuatro habitantes más constantes de Huesa del Común, jubilados que habían cambiado el claxon por el canto de los mirlos.

A la altura del puente romano, justo cuando Encarna iba a contar por enésima vez su operación de juanetes, un fogonazo verde partió el cielo como un rayo láser de feria, y una bola brillante del tamaño de un coche, cayó en picado sobre el merendero.

Silvino se santiguó. Eugenio se agachó por si venía otro.

—Esto es cosa del Gobierno —murmuró Silvino.

Pero Encarna ya se había echado a andar.

—Si nos van a abducir, que sea con dignidad —dijo recolocándose el moño mientras la esfera se abría en dos.

Lo que encontraron parecía un anuncio de rebajas futuristas: padre, madre y niño, tambaleándose en trajes brillantes que parecían salidos de una convención de cosplay galáctico. No hablaban, pero tampoco atacaban, así que tras una mirada grupal, decidieron llevárselos a casa.

Los cargaron en carretillas de la comunidad de regantes y, entre callejas y portales mudéjares, los subieron a casa de Maruja, que estaba más a las afueras y tenía la nevera más surtida.

Al llegar, los sentaron junto al brasero y les sirvieron un consomé que tenía guardado en un termo. En cuanto lo probaron, los tres alienígenas empezaron a emitir un zumbido suave, como si se les estuviera calentando el alma.

Después, llegó la curiosidad. La mujer extraterrestre rozó la cara de Eugenio con un dedo brillante. Él, que no era de emociones fuertes desde que cerraron Galerías Preciados, se quedó petrificado.

–¡Ay, la Virgen del Pilar! Creo que esta mujer tiene fiebre.

El niño examinó el chándal de Encarna, fascinado con las lentejuelas bordadas en la “E” que brillaban con la luz del fuego.

–Este me lo compré en el mercadillo. Imitación Adidas, pero muy apañado.

Maruja lo vio claro, si aquellos seres buscaban contacto humano, lo iban a tener. Pero a la manera huesina.

Los vistieron como pudieron: chándal de Eugenio, un abrigo de Encarna, y un peto del nieto de Maruja. Seguían plateados, sí, pero parecían turistas despistados. Cuando pasaron por la Plaza Nueva, las cuatro viudas dieron un respingo y cuchichearon.

–¿Y estos de donde han salido?

–Turistas –respondió Maruja sin dudar–. Vienen de Finlandia.

–Pues estarán mal del cutis, porque tienen un color... –soltó una de ellas señalando.

–Eso es por el frío polar –remató Encarna convencida.

El bar Tolo olía a café recalentado y a arepas recién hechas. Antonia, detrás de la barra, dejó de freír plátano macho para observar a los recién llegados. Maruja de forma excepcional le pidió migas para todos, y los extraterrestres se las zamparon con tanto entusiasmo que Silvino murmuró:

–Ni los del Imsero comen así.

El ambiente se animó y Eugenio sacó la baraja de guiñote sentando al padre en la mesa. No entendía ni jota, pero levantaba las cejas y aplaudía cada jugada lanzando las cartas con solemnidad. Lo inexplicable fue que ganó dos partidas seguidas.

–Eso es la energía del principiante –dijo Maruja entre risas.

–Eso son trampas –gruñó Silvino, barajando otra vez.

El niño se hizo con una bici oxidada, y la madre, decidida a integrarse, intentó beber del porrón como Encarna. Bastó un gesto torpe para acabar bañada en garnacha hasta el escote, desatando una carcajada general que hasta las viudas del pueblo se asomaron a las ventanas.

Después del café, los llevaron a recorrer el pueblo. Saludaron a las cuatro viudas que, al

verlos, se santiguaron tan fuerte que una perdió la peineta. Acabaron la excursión en Las Ollerías.

–Aquí hubo nueve alfarerías, ¿eh? –dijo Eugenio, señalando con el bastón.

Los visitantes se detuvieron en seco con las bocas muy abiertas. El padre rozó el ladrillo rojizo de lo que pudo haber sido un horno y, la madre inclinó la cabeza atenta a un sonido que nadie más percibía. El niño, en cambio, levantó las manos y el polvo del suelo flotó, girando en espirales suaves. El barro de Huesa guardaba secretos que ni las viudas conocían.

–Mira tú –susurró Maruja –, estos no han venido a invadir... han venido a recordar.

Los padres no regresaron con ellos. Embobados ante los restos de la antigua alfarería, decidieron quedarse en las Ollerías. El niño, en cambio, se fue con los jubilados y acabó levitando a pierna suelta sobre el sofá de Maruja.

Esa noche, desde el pueblo, vieron un resplandor tenue, luego ráfagas de colores danzando sobre las Ollerías. En cinco minutos, los pocos habitantes de Huesa estaban en las ventanas. Silvino entreabrió la cortina y masculló:

–Los van a descubrir, parecen los del Circo del Sol.

Encarna lo mandó a la cama. Estaba claro que habría que madrugar para ver la que habían liado.

A la mañana siguiente, las viudas estaban plantadas en la entrada del antiguo barrio. Lo que encontraron superaba cualquier expectativa: una antigua alfarería reconstruida y una casa levantada junto a ella.

Al cabo de una semana, los padres moldeaban barro que giraba solo y se adornaba en el aire. El niño recorría el pueblo saludando a cada vecino que se encontraba. Las viudas, encantadas con la alfarería recuperada, se turnaban para llevarles viandas. Eugenio les recomendó empadronarse, por si acaso.

Poco después, llegaron dos familias del mismo planeta, también alfareros. A cambio de establecerse en Huesa, dejaron una tecnología invisible que barría al amanecer, reparaba tejados sin andamios y mantenía limpios los caminos.

Maruja barre su entrada y alza la vista. Otra pelota aterriza.

—Y luego dicen que en Huesa no pasa nada...